

## Alberto en el jardín

Primer Premio del Concurso de Narrativa Breve convocado por el Instituto de Deporte y Juventud (1996).

Carlos REMÓN SANJUAN

*En "Alberto en el jardín" narro la amistad entre un bibliotecario y el gitano al que le enseña a leer y a interesarse por las novelas de aventuras. Los prejuicios de la gente propician la ruptura de este lazo. El cuento finaliza cuando, al tiempo, el gitano le devuelve antes de morir, el libro manoseado con el que aprendió a leer: "Robinson Crusoe".*

**A**YER vi llorar a mi padre

Era la primera vez, y me quedé atemorizada por el desgarró que envolvía sus lágrimas, necesarias para exorcizar tanto dolor retumbándole dentro. Intentó con torpeza mantener su dignidad cuando reparó en mi presencia, pero se rindió atolondrado al vendaval de emociones que lo azotaba.

**80**

Lo abracé con el esmero inútil de cuando intentamos rescatar a los seres queridos del paisaje donde habita la tristeza, como si en nuestros brazos estuviesen al amparo de ese mundo hiriente que se les clava en los ojos. El se dejó cuidar, sollozando sin vergüenza bajo el eco de mis palabras llenas de ternura, aferrándose a mí con sus manos maltrechas, acercándose a mí desde el fondo vidrioso de su mirada derrotada.

Me pareció tan vulnerable que lo arrimé a mi pecho, y le acaricié en silencio, mesándole sus cabellos, restregando con mis dedos tiernos los rincones donde se le habían rezagado las últimas lágrimas, acallándole con mi voz desnuda y sincera ofreciéndole cobijo.

Aún sujetaba con firmeza el libro que le había llegado aquella mañana clara, sin presagios donde se intuyesen malas noticias. Lo había abierto sin cuidado, despreocupado por la certeza de que, a su edad, los contratiempos no causaban ya el efecto antiguo, y habían perdido el brío de las adversidades que, de jóvenes, tan fieramente combatimos.

A mi padre no le asustaba más que la soledad: permanecía ajeno a los coqueteos con su propia muerte, pero la de aquellos con quienes tuvo algo que compartir, las personas cuyos rostros conocidos se desdibujaban en la corriente de sus ojos acongojados y se vestían con el ropaje de los recuerdos, esas muertes lo apartaban de su afán imparable de vivir, restándole aliento. El se inquietaba al comprobar con desesperanza que el abandono de sus amigos hacía crecer sus ruegos para entregarse a la nada envolviéndole con su calor.

Cuando distinguí el ejemplar de Robinson Crusoe, de Daniel Defoe, una vieja edición de tapas endebles y deshilachadas por el uso, no acerté a imaginar qué lejana historia encerraba consigo como para haber provocado el resultado que a él le trajo. De sus páginas sobresalían unas cuartillas de papel pautado, amarillentas por el olvido. Supuse que se trataba de una carta,

trayendo desdichas con ese lenguaje encasquetado y sombrío con que se notifican las calamidades, pero cuando las extraje con mis dedos sigilosos me desconcertó ver que únicamente eran hojas de ejercicios de caligrafía. Tenía una sola frase inconexa, repetida con letra dubitativa y rígida.

*Nací en el año 1632, en la ciudad de York.*

Mi padre reconoció la intriga que me recorría, y con voz reposada intentó aclarármelo.

Fue el primer libro que leyó Manuel, dijo.

Me quedé en ese silencio expectante al que resulta imposible resistir. Así, con el remedio de un abrazo y una mirada inquieta, logré la primera confianza que él logró hacerme en toda su vida de formas y costumbres adquiridas.

Se habían conocido una tarde invernal y oscura de febrero. El trabajaba entonces en la biblioteca de Badea, solitario por la indiferencia de las gentes a los secretos encerrados en los libros. Tras unos meses, había adquirido destreza para esquivar el aburrimiento pertinaz que rondaba cada tarde por la habitación, y se enzarzaba con gusto en esos libros desperdiciados, salvo por su mirada curiosa de más mundos.

Cuando se abrió la puerta, la falta de costumbre lo impulsó a escrutar sin disimulo para reconocer a aquel lector inesperado que venía a calmar su impaciencia exasperante.

Era un gitano espigado y encorvado, con hechuras de niño mozo, de piel curtida por los soles de muchas faenas y campos. Entró acobardado por el silencio sepulcral que retumbaba entre los estantes, y con un gesto saludó tímidamente al responsable.

**81**

Si mi padre no apartó la mirada de él, no fue tanto por desconfianza, sino por el desconcierto que le provocaba una visita tan insospechada: por aquellos tiempos, a Badea tan sólo acudían los gitanos en tiempo de vendimia, arremolinados en las caballerizas con sus carros y cambalaches a cuestas. Las gentes del pueblo se desentendían de ellos, cómodos en la seguridad de que no habían de inmiscuirse en la vida cotidiana del pueblo: los gitanos duraban lo que la vendimia. Algunos, cansados por los viajes, otras veces obligados por los niños recién nacidos, imposibilitados aún para el traqueteo de las distancias y los caminos interminables, se detenían con ánimo de echar brotes en aquel pueblo, y resistían la temporada de cosecha en cosecha, transportados de una recolección a otra.

Pero en la mayoría de las ocasiones, su presencia apenas causaba estragos, aunque en sus escasas visitas, cuando se les veía desfilar en tropel por entre las callejuelas, eran vigilados por ojos rapaces preparados a avistar cualquier desliz que ellos cometiesen. Los niños, en cambio, inevitablemente curiosos por las costumbres inverosímiles de los otros, buscaban mezclarse sin reparo, libres todavía de los prejuicios de los mayores, y no era infrecuente observarlos revueltos, correteando por las cuestas en feroz persecución, fingiendo encarnizadas batallas con piñas a modo de proyectiles, o jugando al «punto» en el frontón, bulliciosos por la rivalidad aprendida entre payos y gitanos.

Mi padre se cercioró de que aquel gitano remolón que se demoraba entre las estanterías, con la mirada fascinada, no pretendía sustraerle ningún ejemplar, y confió en él cuando se sentó en los bancos con una Enciclopedia Ilustrada. Se reprochó haber sido tan suspicaz, y se

dispuso a continuar con sus fichas, tranquilizado por el sonido crujiente de las páginas pasando sin cesar que llegaban desde la mesa de al lado. Al poco, le llegó un carraspeo buscando llamar su atención, y una voz saltarina que traía olor a otras tierras.

Cuántos libros hay aquí. Buenas noches, lo primero.

Buenas noches. Que cuántos libros.

Eso.

Tenía un tono resuelto y desafiante, y mi padre tuvo la sensación de que lo estaba juzgando por su respuesta.

Ahora mismo, unos cuatro mil quinientos. Alguno más.

Coño, ya son.

Mi padre sonrió por su admiración, y con ánimos recobrados por resultar al fin servicial, le explicó las condiciones por las que se regía el préstamo de libros. El gitano acalló su retahíla de burócrata encogiéndose de hombros y sincerándose con aquel despistado.

Pero hombre. Si no sé ni leer. H e entrao por el frío, que entra hasta los huesos al poco de estar parao. Si tiene muchas fotos, aún. Como ése. Pero éste, por ejemplo.

Robinson Crusoe, dijo el bibliotecario, eficaz, distinguiendo el título en el lomo del libro.

Y eso de qué es, se interesó el gitano, con desconfianza creciente conforme avanzaba entre sus páginas sin encontrar ilustraciones.

Trata de, se apresuró mi padre, pero el otro lo interrumpió con rapidez.

No. No me diga. No haría más que entrarme envidia. Como algo que está al lao y no puedes coger.

**82**

Aquella noche, mi padre naufragó en sus sueños con la historia de aquel joven testarudo que, desobedeciendo las advertencias, se rendía al ímpetu insaciable de ver mundo, echándose a la mar con tan escasa fortuna. Al despertar, con el rostro de Viernes aún incrustado en su conciencia, se le ocurrió la disparatada idea, propia del mareo que le revolvía las vísceras tras tanto navegar, de enseñarle a leer a aquel visitante resguardándose del frío.

Antes de que llegue la primavera y venga el buen tiempo, pensó.

Para cuando volvió a verlo, los cuadernos de caligrafía que había buscado para él de sus años de colegial estaban olvidados en un estante. El invierno se había deshelado, cada día crecía un sol bermejo alumbrando las hojas de los árboles y los campos meciéndose al son de las brisas recorriendo el valle, y junto a Badea se deslizaba un río mayenco junto al que se arremolinaban los pájaros a las mañanas y esperaban los pescadores su suerte.

Lo creía perdido, envuelto en mil correrías fáciles para sus años, demasiado montaraz para la quietud de la biblioteca, cuando se sobresaltó por la precipitación con que entró por la puerta.

Por entonces ya había indagado sobre él, y sin reparar en su indiscreción lo saludó por su nombre con alegría indisimulada.

Manuel.

Buenas tardes, don Miguel.

Los dos sonrieron, cómplices de esa curiosidad que los había llevado a saber el uno del otro.

Aquel libro, se acuerda, el que me iba a decir de qué era.

Robinson Crusoe.

Ese. Robinson cómo.

Crusoe, Robinson Cru-so-e.

Crusoe. Bueno, pues, me diría ahora qué es lo que pasa.

Mi padre accedió con gusto, y encaminándose hacia él con seguridad le alcanzó el volumen, desvencijado por los años de préstamo continuo y el descuido de las manos de niño ensismadas con esa aventura.

Pasaron tres horas juntos, desde que comenzaron con esas palabras, el abracadabra que invoca la magia al comienzo de los libros.

*Nací en el año 1632, en la ciudad de York, de buena familia, aunque no de aquel país, pues mi padre había emigrado desde Bremen, instalándose al principio en Hull.*

Mi padre tuvo que interrumpir la lectura constantemente, pues Manuel tenía el don de la curiosidad, y a cada momento le preguntaba ahora qué es esto, qué es aquello, dónde está esta ciudad, para qué sirve tal utensilio. El, solícito, le explicaba con esmero, sin pesar por detenerse, llevándole de un libro a otro, del Robinson a un diccionario, del diccionario al libro de viajes, del libro de viajes a un atlas, hasta que para cuando regresaban al Robinson se habían desviado de tal modo que debían releer las últimas líneas, de repente, con las nuevas enseñanzas, cobrando la realidad de lo que ya se conoce.

83

Les costó leerlo diecinueve días, y aunque el bibliotecario tenía la voz resentida por el esfuerzo de las lecturas y las consiguientes explicaciones, se entregó complacido al entusiasmo con que Manuel acudía fiel a la cita, exigiéndole retomar las andanzas de aquel héroe compartido hasta que la noche apaciguada enmarcaba sus voces y sus escuchas.

Decidido a lograr su propósito en el menor tiempo posible, mi padre retomó los manuales de caligrafía, y en mitad del Ivanhoe de Walter Scott le obligó a dibujar aquellos caracteres extraños, que Manuel distinguía sin saber el sonido que llevaban en sus entrañas, con el chantaje cruel de no proseguir otro capítulo hasta que él cumpliera con sus frases, repetidas hasta la saciedad.

Pasaron unos meses, y los sonidos de Manuel se fueron poblando con rectas y curvas dando nombres de vocales y consonantes a sus sueños. Mi padre, feliz, se quedó afónico.

Badea era lo suficientemente pequeña para que las cosas inusuales resultasen insólitas y hasta escandalosas, y al poco le fueron con ánimo agrio a exigirle cuentas por su interés tan desmedido en aquel gitano espabilado. Comenzó a reconocer miradas entornadas a su alrededor, y los silencios tras sus pasos se convirtieron en voces susurrantes dejándose oír con el propósito evidente de ridiculizarlo.

El no supo luchar contra las triquiñuelas envenenadas de las gentes: combatía únicamente con sus impresiones de tardes desgranadas en torno a los clásicos de aventuras, los partidos de

pelota a los que Manuel le retaba con la temeridad fingida de los que se saben victoriosos, y las visiones fragmentadas que tejía a partir de los recuerdos entusiasmados de aquel gitano contándole historias de otras tierras remotas, casi al otro lado del mundo. Pero sus opiniones resultaban un sustento endeble para el juicio de los demás.

Eso nada. Malicia ya tendrá, ya. Esta mala raza. Pero luego van y te roban en cuanto te despidas.

Mi padre habría de lamentar, hasta aquel día en que la memoria irremediable lo hizo llorar, la tarde angosta en que vencido por la sombra de la sospecha y la maledicencia le indicó a Manuel que mejor se iba, pues no podía seguir con sus clases, que para eso había una escuela a la que él no iba.

Él se quedó quieto. Tan sólo lo miró con pesar, sin comprender que aquella persona, hasta entonces libre de pensamientos oscuros, tuviese la flaqueza de dar más importancia a cuentos de otros que a los que habían vivido en sus visitas fructíferas.

Aunque mi padre aún acertó a pedir disculpas sin convicción, Manuel retrocedía ya, como un animal herido, abatido por la decepción única que nos acarrea los seres que se aman.

Eran las siete de la tarde de un catorce de agosto. Fuera sonaron las campanadas, muertas, y dejaron de cantar los pájaros. Desde aquel momento mi padre convivió con el remordimiento eterno de aquel Robinson Crusoe que Manuel se llevó inerte del brazo, demasiado atontado por su desgracia como para darse cuenta de que debería devolverlo a la Biblioteca.

84

Luis Heredia y Lourdes Beltrán eran primos hermanos. Se habían casado a los diecinueve años, él, y dieciséis, ella. Habían tenido siete hijos, pero dos murieron al poco de nacer. Toda su vida había discurrido en un trasiego imparable, aprendiendo de geografía de tantos caminos recorridos. Tenían la resignación de quien sabe cuántos más quedan por recorrer.

También guardaban la entereza de quien ha tenido que contrarrestar las dificultades de antemano por unos hábitos alejados de la mayoría y una piel teñida por siglos de tierra y vida ambulantes. Por eso se fueron sin ira a despedirse cuando se fueron de Badea.

Esto es suyo, don Miguel. Al chaval se le olvidó devolvérselo. Ya perdonará.

No, por favor. Que se lo quede.

Pero es suyo.

Es de quien lo lee. Insisto.

Como usted quiera.

Créame que lo siento. Deben de comprender.

Tranquilo, don Miguel. Todo el mundo da vueltas pal mismo lao.

Mi padre los vio alejarse lentamente, cerrar la puerta. Al apresurarse hacia las ventanas divisó allí abajo a Manuel, mojado por la tormenta de verano, con los ojillos encrespados clavándose en los suyos, sin rencor. Cuando sus padres le tendieron aquel libro fantástico, aún esbozó una sonrisa sincera y blanca relamiéndose por el trofeo conseguido, a pesar de los sinsabores. Levantó la mano con gesto conciliador, y le dijo adiós enarbolando aquel Robinson Crusoe echándose a navegar por otros mares.

Jamás volvieron a verse, pero habían de recordarse toda su vida. Si no hubiera sido así, Manuel no habría dejado recado de que, a su muerte, devolviesen aquel libro errante a la Biblioteca, en cuyos estantes nunca habitó ningún otro Robinson desde la tarde de su adiós.

Su familia no salió del estupor hasta que mi padre se sinceró con ellos, tiempo después, pero tampoco se atrevieron a contravenir la última voluntad del difunto, y le remitieron los objetos que Manuel indicaba desde su cama moribunda con el sólo epígrafe conciso de Don Miguel, el bibliotecario.

Fuimos al funeral sin miedo, sabiéndonos libres de culpas y lastres echados a la espalda por un mundo anterior al nuestro, perpetuándose hasta que unos ojos sabios recelen y miren a otros horizontes insospechados.

M padre guardó en todo momento un silencio inexpugnable. Únicamente cuando al final me pidió que lo dejase solo, y caminó hacia la tumba de Manuel, trastabillando por la tristeza de las cosas que se dejaron por hacer, le vi derramar una lágrima sobre la tierra, y pensé que con ella pronunciaba todas aquellas palabras que hubiese querido que Manuel supiese.

Fue entonces, mientras él se reconciliaba en su memoria con aquel niño intrépido con ansias lectoras furibundas, y compartían los misterios, amores y aventuras de los libros que habrían leído juntos, cuando lo vi.

Estaba arrinconado bajo un árbol, sin comprender todavía las exigencias y caprichos por los que la vida nos arrastra.

Hola.

No respondió. Me miró casi con temor, con sus grandes ojos negros con un brillo saltarán en sus aguas.

85

Cómo te llamas.

Alberto.

Era mi padre, explicó con orgullo.

Sonreí.

Oye, Alberto, tú sabes quién era Robinson Crusoe.

Un pelotari, dijo sin convicción.

Me puse de rodillas ante él, buscando adentrarme en su mundo reducido, repleto de contratiempos y desilusiones. Lo cogí de los brazos, suavemente, para no asustarlo, y al ver a Alberto allí, en el jardín, supe que nos tocaba a todos los demás redimirnos de las oportunidades malgastadas, de los años devastadores alejándonos los unos de los otros, para echarse al fin a deshacer el camino sin rencores, sin historia, sin nombres.

Así me lo inculcó mi padre desde niña. Decía que tan sólo podíamos reconocernos en los ojos desnudos de los demás. Despojarnos de las vestimentas creadas para confundirnos.

Le corregí con delicadeza.

No. Es un cuento. Algún día, quieres que te lo cuente.

Alberto se encogió de hombros, aceptando mi ofrecimiento.